

Jesuitas la universidad de Wilna; y el Emperador, no contento con emplearlos en sus reinos, queria asociar á sus aliados en la obra de regeneracion. Los antiguos misioneros de la Compañía habian sido arrojados del Archipiélago, y la Puerta Otomana se habia apoderado de sus bienes. En su consecuencia, comienza por exigir reparacion de esas violencias, y el 8 de diciembre de aquel mismo año escribe á su embajador en Turquía: «Conociendo las grandes ventajas que un buen gobierno puede sacar del «Instituto de los Jesuitas, cuyo objeto es educar la juventud é inspirar amor y fidelidad al soberano, he resuelto restablecer en «mis Estados esta Orden, á la cual concedo grandes privilegios. «Como deseo que la Puerta Otomana participe del inmenso provecho que se puede sacar de esta Compañía, os encargo que la «protejais aquí. Obligaréis asimismo al Divan á que devuelva á «dicha Compañía todos los privilegios de que gozaba en tiempo «del gobierno monárquico en Francia. Informaos, en fin, de cuáles eran esos privilegios, y reunid cuantos datos creais necesarios para comenzar bien y terminar felizmente esa negociacion, «como lo espero, y para la cual os envio una nota que os dará las «noticias que podais desear.»

Gruber ejercia la mayor influencia sobre el Emperador, mas este no cedia solo al afecto por el Jesuita cuando con tanto ardor se ocupaba del restablecimiento del Instituto. Los acontecimientos que pasan en Rusia y los hombres que gobiernan este Imperio están condenados á ser juzgados en Europa por escritos las mas veces parciales, y llenos siempre de ignorancia ó de mala fe. La verdad solo se manifiesta de cuando en cuando, y aun entonces muere ahogada por la mentira. Pablo I estaba dotado de una actividad devoradora, esforzándose en realizar el bien en el mismo instante que lo concebía. Rompia por todos los obstáculos, porque temia dar tiempo para raciocinar á la obediencia. Este modo de proceder trastornaba tanto en política como en gobierno interior no pocos cálculos. Se explotaban las extrañezas de su carácter, se le pintaba con los rasgos de un monómano, que alternativamente soldado, pontífice, magistrado, administrador y legislador, ensayaba de un modo brusco innovaciones imposibles; pero este Monarca tendia á un fin verdaderamente glorioso: queria extinguir el principio revolucionario en Europa. Veía que los Jesuitas habian sido sus primeras víctimas, y que de aquel triunfo

databan los progresos de la impiedad y de la insurreccion en los ánimos. Adoptó á los Jesuitas como una protesta solemne contra las ideas anárquicas, y los amó cuanto los aborrecian los hombres de desórdenes. Así fue como se constituyó su protector, y como trabajó en su engrandecimiento. Pablo honraba á los Jesuitas en la persona del P. Gruber, y queria que les honrase todo el mundo. El rey de Suecia y el duque de Gloucester visitaban al Jesuita en Petersburgo, y los grandes del Imperio se servian de él para alcanzar los favores de su Soberano. Era poderoso, fue calumniado, y tuvo enemigos. Servia á los cortesanos, é hizo ingratos.

Entre tanto llegaba á Roma la carta que Pablo I habia dirigido á Pio VII. El Emperador no solicitaba mas que un breve que concediese á los Jesuitas una existencia canónica, en recompensa de lo que habia hecho por el catolicismo. El Papa juzgó que no era abusar de su reconocimiento. Subsistian todavía en la corte y entre ciertos dignatarios de la Iglesia prevenciones que la experiencia no habia logrado vencer, y por lo tanto creyó prudente no consultar sus propios afectos. Nombróse una congregacion de cuatro cardenales contrarios á los Jesuitas, la cual acogió la demanda del Emperador, pero circunscribiéndola á los límites mas estrechos. El 7 de marzo de 1801 Pio VII firmó el breve *Catholicae fidei*, que restablece solo en Rusia la Orden de Jesús, que otro breve de Clemente XIV habia extinguido.

Pablo no tuvo tiempo para gozar de su triunfo. En la noche del 23 al 24 de marzo este Príncipe pereció á los golpes de una conspiracion, cuyo misterio no ha podido penetrar aun la historia. El emperador de Rusia solicitaba y obtenia del Papa la reinstalacion de los Jesuitas. El rey de España Carlos IV cree ver en el breve un ultraje á la memoria de su padre. Habia autorizado á los desterrados de 1767 á que volviesen á su patria, y les condena al momento á una nueva proscripcion. La ciudad de Cádiz pide gracia para los que se sacrificaron por su salud en medio de los horrores de la peste; pero se le hace una respuesta irrisoria, y los Jesuitas emprenden de nuevo la senda del destierro, que Carlos IV destronado no tardará en tomar con su familia dividida.

La restauracion de la Compañía de Jesús era el pensamiento dominante de la mayor parte de los Católicos á fines del siglo XVIII y principios del presente. Los mas activos formaban congregaciones religiosas sobre el modelo de su Instituto; y desde el año 1794



algunos sacerdotes franceses, emigrados en los Países Bajos, crearon una asociacion para formarse en el espíritu de san Ignacio, interin esperaban poderse reunir á la Compañía. Esta asociacion, de la cual fueron fundadores el príncipe de Broglie, hijo del mariscal de este nombre, y los abates de Tournely y Varin, tomó el nombre de Congregacion del Sagrado Corazon de Jesús. Dirigíala el abate Pey, antiguo Jesuita y canónigo de Paris. Los acontecimientos militares la llevaron de los Países Bajos á Ausburgo, y luego á Viena, donde á invitacion de Pio VII se declaró su protector el cardenal-arzobispo Migazzi. Á instancias de la princesa Luisa de Condé, la archiduquesa Mariana la miró con el mayor interés. Distinguíanse en ella Leblanc, Grivel, Sineo, Cuenet, Gloriot, Roger, Jenneaux, Gury, Rosaven y Coulon.

Hácia la misma época se establecía otra congregacion en Roma en el oratorio del P. Caravita, cuyo objeto parecia dirigirse mas especialmente aun al restablecimiento de la Orden de Jesús. Su fundador era un jóven llamado Paccanari, natural de Trento, el cual reúne algunos jóvenes como él, tales como della Vedova, Halmat y el abate Epinette; inspirales su celo y su fervor, les hace adoptar las Constituciones de san Ignacio, y da á la nascente congregacion el nombre de Compañía de la Fe de Jesús. Entraba tanto en las ideas de Pio VII el designio de hacer renacer el Instituto fundado por Loyola, que el cardenal de la Somaglia, vicario de Roma, autorizaba á Paccanari á vestir su traje, con la única diferencia de que sus discípulos deben llevar el alzacuello como los demás eclesiásticos. Paccanari vió al soberano Pontífice cuando estaba cautivo en Siena y Florencia; le comunicó sus proyectos, y alcanzó de él algunas gracias particulares, privilegios y recomendaciones para restablecer los Jesuitas. Paccanari se consagraba á este objeto, y esta su mision hacia que fuese bien recibido por todos los partidarios, y hasta por los antiguos Padres de la Compañía. Paccanari era jóven, elocuente y activo, y si bien no habia recibido una primera enseñanza esmerada, sabia los medios de granjearse la confianza. Visita las ciudades de Bolonia y Venecia: sus compañeros le siguen en sus atrevidas excursiones, y de ellos los unos se quedan en Parma y Placencia bajo el amparo del P. Panizoni; y los otros van errantes por el mundo anunciando por todas partes la idea sin realizarla jamás.

Entre tanto Panizoni veía no sin recelo á esos nuevos hermanos

constituirse restauradores de la Orden, y olvidarse de someterse al Vicario general que estaba autorizado para dirigir los actos y los pensamientos de cada individuo del Instituto. Panizoni no dudaba del celo de Paccanari, pero no queria verle entregado á su obra, y así le escribió lo siguiente: «Si deseais sinceramente trabajar en propagar la Compañía de Jesús, deber es vuestro buscar los medios de haceros agregar á ella. En el interin debeis procuraros algun ex-jesuita versado en la teoria y en la práctica de las Constituciones para enseñarla á los novicios segun el método de la Compañía.» Estos consejos eran muy prudentes, pero desbarataban los planes de Paccanari; respondió á ellos con eflugios, y se apresuró á partir para Viena. El emperador Francisco no ocultaba sus sentimientos acerca los Jesuitas. Recibió á Paccanari con alegría; los ministros entraron en sus miras, y el senador veneciano Rezzónico recibió el encargo de negociar en su viaje á San Petersburgo la reunion de los Paccanaristas á los Padres de la Rusia Blanca.

Habia entre los jóvenes alistados bajo las banderas de Paccanari algunos hombres que solo aspiraban á cimentar esta alianza; pero su Jefe parecia estar decidido á aplazarla. El 11 de agosto de 1799 daba esta declaracion en Viena: «Opino que es la voluntad de Dios que renazca en estos tiempos el Instituto de san Ignacio para el bien de la Religion y de la Iglesia. No tengo mas intencion que restablecer este Instituto, ó bien bajo el nombre de Compañía de la Fe de Jesús, ó bajo su denominacion antigua, segun sea mas agradable al Vicario de Jesucristo. Deseo que todos los hijos de san Ignacio no hagan mas que un cuerpo ni estén animados mas que de un espíritu, y no pido otra condicion sino que se haga todo para la mayor gloria de Dios, y que solo se obre con la autorizacion y aprobacion del soberano Pontífice.»

Esto no obstante, no daba ningun paso para llegar á ese resultado, y no se ponía en relacion ni con el Jefe de la Sociedad ni con sus representantes. Esta situacion era anormal: en 1803 los Paccanaristas, que bajo el nombre del príncipe de Broglie habian formado en Kensington una casa de educacion, toman el partido de separarse de su Jefe ó de atraerle con ellos á la Compañía de Jesús. El Jefe se niega, y entonces estos sacerdotes creyeron que no debian resistir por mas tiempo á su vocacion. Habian adoptado



las Reglas de la Compañía, y levantado su bandera cuando el mundo la creía abatida. La Compañía resucitaba por el concurso providencial del papa Pio VII y de los monarcas de Rusia; los Paccanaristas solicitaron ser agregados á ella, y fueron admitidos individualmente. Eran los tales sacerdotes versados en las ciencias, hombres de una profunda instruccion y de una piedad ilustrada, y fueron á aumentar el rebaño que ascendia ya al número de trescientos Jesuitas, reunidos en Rusia de todos los puntos del globo. Los Padres de la Fe que se habian introducido en Francia y los del Valais renunciaron el 21 de junio de 1804 en las manos del cardenal legado Caprara la obediencia que á Paccanari habian jurado. Este hombre, cuya existencia comenzó por la abnegacion, y que se empeñó poco á poco en intrigas sin fin, se resistió en cuanto pudo á este abandono que Pio VII y los antiguos Jesuitas aconsejaban. Paccanari habia prestado servicios á la Iglesia y á la Compañía; habia reclutado prosélitos, pero á la sazón era un obstáculo para la Santa Sede. Con su incesante necesidad de movimiento y de negocios podia algun dia suscitarle embarazos. El nombre de Paccanari resonaba en Italia; el Gobierno francés lo habia hecho encerrar una vez en el castillo de San Angelo: en 1804 el Papa mandó instruir su proceso. Después de algunos años de cautiverio y de viajes, desapareció de la escena del mundo. Los Padres de la Fe no tenian mas que la intencion de ser Jesuitas, y ya fueron inquietados muchas veces por la policia de Fouché, sin que esta pudiese vencer su perseverancia. Lo mismo que el Padre Bourdier Delpuits alimentaban el espíritu religioso entre los jóvenes, lo propagaban en las masas; y el emperador Napoleon, que peleaba contra toda la Europa, que la dominaba por la gloria ó por el temor, se sentia débil en presencia de aquellos pocos sacerdotes, que sin otro medio que la fe, removian la idea católica, cuyo invencible poder sobre las almas reconocia interiormente. Habia querido hacer de la fe un medio de gobernar: habia constituido la Iglesia para tenerla sujeta á sus caprichos; pero la Iglesia fue mas fuerte en su cautiverio que el Emperador en sus tronos: ella combatió á la luz del sol, á la sombra, y llevó por fin la victoria.

El breve que Pablo I habia alcanzado de la Santa Sede debia alentar á los príncipes católicos. Los postreros años del siglo XVIII les quitaron la venda de los ojos. Las conmociones que destruian

ó hacian estremecer sus tronos, la inestabilidad de los poderes, los desastres de la guerra comunicaron á los corazones un profundo sentimiento religioso. La tempestad se apaciguaba bajo la mano del tiempo; mas para acabar de disiparla los soberanos, llenos aun de estupor, pusieron los ojos en la Compañía de Jesús, como única corporacion capaz de regenerar la educación pública. Catalina II habia salvado sus restos del naufragio; el emperador de Austria, los reyes de Cerdeña y de Nápoles se ocuparon de los medios de volverlos á llamar á sus Estados. La reaccion comenzaba: despertábase en los espíritus las ideas cristianas. Era necesario desarrollar esa tendencia hácia el bien; y después de tantas calamidades, todo el mundo convenia en que era indispensable un grande acto de reparacion. Conociábase las intenciones del soberano Pontífice; se veia á los Padres del Instituto apresurarse, como Poczobut y Beauregard, á ponerse en camino para morir en el seno de su madre. Algunos jóvenes, como los PP. Roothaan y Balandret, se encaminaban algunos años después hácia el noviciado de Rusia. El emperador Alejandro, mas reservado que su predecesor respecto de los Jesuitas, concedia no obstante su confianza á Gruber. El 17 de junio de 1802 visitó el colegio de Polotsk, y saludó en su agonía al P. Kareu. Este favor imperial inspira á Gruber la idea de solicitar la admision del breve de restablecimiento. Alejandro no puso ninguna dificultad en consagrar por medio de un decreto oficial uno de los últimos actos de su predecesor en el trono; y cuando Kareu espiró en 30 de julio, el Padre Wichert pudo convocar legalmente la asamblea de los profesores, la cual se reunió en 4 de octubre, nombrando el 10 á Gabriel Gruber general de la Compañía. El Emperador y el Consejo de justicia ratificaron esta eleccion, y el primer cuidado del General fue trasladarse á Petersburgo á fin de fundar una casa de educación para la joven nobleza. Uníale á aquella capital un nuevo vínculo: acababa de llegar á ella el conde José de Maistre, como embajador de la Cerdeña, y esas dos inteligencias se unieron con el mas tierno afecto.

Alejandro no poseia la amistad expansiva de su padre. Mas tranquilo en sus proyectos, sabia disimular mucho mejor que él sus impresiones, y presentarse mas bien como príncipe que cual hombre á los que queria seducir con el encanto de su figura, ó dominar con el atractivo de su poder. Catalina se habia esforzado en



colonizar las vastas regiones incultas del Imperio; Pablo la habia imitado, y Alejandro ensayó realizar esta idea fecunda. Quedaba creado apenas el gobierno de Satarof en ambas riberas del Volga; acudian á aquellas colonias alemanes de todas las provincias y de toda especie de cultos, y el Emperador ordena á los Jesuitas que preparen los ánimos á la unidad, y hagan florecer en ellas la agricultura. La mision era difícil. Era necesario acostumbrar á las leyes rusas familias que no tenian ningun punto de contacto con ellas. Al aislamiento individual los Padres debian sustituir poco á poco el amor á la nueva patria, é inspirar el sentimiento religioso y el gusto del trabajo á aquellas hordas errantes que la necesidad obligaba á aquella existencia. Pusieron sin embargo manos á la obra, y antes que transcurriese un año el Gobierno imperial pudo convencerse de que la autoridad moral del sacerdote es mas eficaz sobre el hombre que el sable del soldado.

En medio de estos acontecimientos, es enviado á Roma el P. Cayetano Angiolini para velar sobre los intereses de la Compañía. Hacia el mes de junio de 1803 llega á la capital del mundo cristiano vestido de Jesuita. El embajador de Rusia lo presenta oficialmente al Papa con aquel traje, que produce una viva impresion en Roma. El Papa le bendice y le alienta con sus palabras, y sobre todo con sus lágrimas. Muy pronto otras alegrías vinieron á poner el colmo á tanta felicidad. Gruber consolidaba la obra de sus antecesores; Alejandro le pide otros Jesuitas para sus naciendes colonias de Odessa. Los católicos de Riga suplican al Emperador que les envíe algunos á fin de que les conserven en su fe, y el Emperador con una tolerancia llena de afabilidad satisface los deseos de sus súbditos. En este momento el rey de Nápoles llama á su lado á los PP. Angiolini y Pignatelli. Fernando IV, apenas mayor de edad, habia como el duque de Parma sufrido la ley de los filósofos; pero en edad madura este hijo de Carlos III volvia á ideas monárquicas. La revolucion habiase introducido en sus Estados, habia proscrito la familia real, y Fernando comprendia que el mejor dique que al torrente podía oponerse, era la enseñanza. Los Jesuitas no existian sino en Rusia, al abrigo del cetro de un príncipe que pertenecia á la Iglesia griega: el rey de las Dos Sicilias le escribió. El 30 de julio de 1804 Pio VII dirigió por su parte á Gruber el siguiente breve: «Nuestro muy querido hijo «en Jesucristo Fernando, rey de las Dos Sicilias, nos ha manifesta-

«do últimamente que le parecia útil para la buena educacion de la «juventud de su reino, sobre todo en las actuales circunstancias, «establecer en su Estado la Compañía de Jesús, tal como existe «en el imperio ruso, sujeta á la Regla de san Ignacio, la cual, «entre otros de los deberes que á los miembros de la citada Compañía impone, les prescribe particularmente que eduquen é instruyan á la juventud reunida en los colegios ó gimnasios públicos. Teniendo después en consideracion, como debemos por «nuestras funciones pastorales los deseos de S. M. el rey de las «Dos Sicilias, deseos que no llevan mas objeto que el bien espiritual y temporal de sus súbditos, y sobre todo la mayor gloria «de Dios y la salvacion de las almas, de nuestra cierta ciencia y «plena potestad apostólica, y después de una madura reflexion, «hemos resuelto extender al reino de las Dos Sicilias lo dispuesto «en dichas cartas apostólicas, que hemos dado para el imperio de «Rusia.

«En su consecuencia, os autorizamos para que podais recibir, «sea por vos mismo, sea por medio de nuestro querido hijo Cayetano Angiolini, procurador general, en el seno de la Compañía de Jesús, establecida por nuestra potestad en Petersburgo «en Rusia, todos los del reino de las Dos Sicilias que quieran entrar en ella.

«Autorizamos igualmente á todos los individuos de la Compañía de Jesús, reunidos en una ó muchas casas, y que viven segun la Regla primitiva de san Ignacio, bajo vuestra obediencia «y la de vuestros sucesores, para que eduquen á la juventud en «todo el reino de las Dos Sicilias, que la instruyan en las buenas «costumbres, en la Religion y en las bellas letras, para que gobiernen en los colegios y los seminarios, oigan las confesiones «de los fieles, anuncien la palabra de Dios, y administren los Sacramentos con aprobacion del ordinario. Unimos y agregamos «los Jesuitas del reino de Nápoles y las casas, colegios y seminarios que establecieron á la Compañía de Jesús formada en Rusia. Los tomamos bajo nuestra proteccion, y los recibimos bajo «nuestra inmediata obediencia y la de la Santa Sede.»

En virtud de este breve apostólico el rey Fernando de Nápoles restableció por un decreto del 6 de agosto de 1804 la Compañía de Jesús en las Dos Sicilias, y proclamó los servicios que prestara á la Iglesia y á la Monarquía, y los que les prestará en ade-



lante. Los napolitanos y sicilianos recibieron con indecibles transportes de alegría á los maestros que les han educado, y que fueron allí para instruir á los niños en la virtud y en la ciencia. José Pignatelli, el que conservó la Compañía en Parma, se encuentra á su frente en calidad de provincial. El rey Fernando IV pide á los Jesuitas proscritos por Tannucci que vuelvan á entrar en la Compañía. Habian transcurrido treinta y siete años desde el dia en que fueron desterrados; la muerte habia arrebatado un número considerable, y no quedaban mas que ciento setenta y seis. Todos, excepto tres, á quienes sus enfermedades condenaban á la inaccion, abdicaron voluntariamente la libertad á que se les condenara. Algunos de estos Padres habian sido promovidos al episcopado, y ellos fueron los primeros en dar el ejemplo, suplicando al Papa que les concediese la gracia de morir en el Instituto, gracia que solo alcanzó Andrés Avogadro, obispo de Verona. Este afan por los honores de la humildad, esta renuncia de la mas elevada fortuna eclesiástica causó una impresion tan viva en el espíritu de las masas, que no pudieron menos de manifestar sus sentimientos con fiestas, en las cuales tomó parte la corte. Los corazones rebotaban de alegría, y hé aquí lo que se leia en el *Diario de los Debates* del 10 vendimiario del año XIII (2 de octubre de 1804) acerca de estas prosperidades religiosas. Este periódico publicó con la fecha de Nápoles 7 de setiembre, la siguiente carta:

«El restablecimiento de la Orden de los Jesuitas causa una alegría universal en esta capital y en las provincias. El dia mismo en que se recibió el breve, SS. MM. el Rey y la Reina, los Príncipes y las Princesas de la familia real comulgaron solemnemente para tributar á Dios sus acciones de gracias. El colegio que tenian antes en Nápoles los Jesuitas, se abrió el dia de la Asuncion, y se hallan ya en posesion de él. El Rey quiso asistir en persona á la apertura de la iglesia, que ha tenido lugar aquel mismo dia, y en la cual, segun él mismo ha dicho, no habia tenido valor de entrar ni una vez siquiera después de la supresion de esta Compañía.

«S. M. ha dotado este colegio con una renta anual de 40,000 ducados. La Reina ha pagado tambien de sus propias rentas los muebles necesarios para el colegio, y se propone multiplicar todavia sus dádivas. Muchas ciudades y comunes tienen tambien casas y rentas para la fundacion de nuevos colegios, y de todas

«partes traen los particulares muebles y dinero. Pero lo que es mas notable es el afan y la multitud de fieles que se presentan para pedir el hábito. Esta afluencia hace las elecciones mas difíciles, el exámen de los candidatos mas severo, y hace esperar al propio tiempo que la Providencia bendecirá la restauracion de esta Orden, la cual formando una nueva generacion y costumbres nuevas puede contribuir muy poderosamente á la gloria de la Religion y á la felicidad de los pueblos.»

El *Diario de los Debates* no se contenta con este entusiasmo exterior. Tiene que cumplir otros deberes: es preciso que revele á la Europa lo que fueron y lo que serán los Jesuitas. Con un acento de conviccion que no pueden menos de admirar todos los Católicos, exclama:

«Los nuevos Jesuitas son lo que eran los antiguos. Además de llevar el mismo nombre, el hábito mismo y la propia Regla, los modernos van á ser formados por los antiguos que quedan todavía, por estos restos de Israel, que la Providencia parece haber conservado para que fuesen los depositarios del fuego sagrado y de las verdaderas tradiciones ó principios del Instituto. De suerte que no habiéndose interrumpido esta admirable cadena desde san Ignacio, puede decirse que los nuevos Jesuitas son verdaderamente los sucesores de los antiguos, y que la Orden, sin ser tan extensa, no por eso carece de la misma perfeccion; identidad que es tan preciosa como honrosa, que es á la par la garantía de su duracion, y el dique mas poderoso para contener las pérfidas reformas que pudiesen meditar ciertos espíritus sistemáticos, y la respuesta mas decisiva á los asertos de sus enemigos, y el mas noble triunfo que haya podido alcanzar contra los que injustamente provocaron su extincion.

«Al restablecer la Compañía de Jesús sobre sus antiguas bases, y al derogar de hecho el breve de Clemente XIV, su virtuoso sucesor no pone en ninguna manera á la Santa Sede en contradiccion con ella misma. La necesidad hizo que se diese el breve de destruccion, la necesidad es asimismo la que hace que se promulgue el breve de restauracion; con la diferencia empero que la primera necesidad era hija del temor y de la violencia en que algunos hombres poderosos tenian á ese desgraciado Pontífice, al cual obligaron á dispersar de una sola plumada á veinte mil operarios infatigables que iban predicando y enseñando